

MELZER, D.; J. Adovasio & T. Dillehay, 1994. On a Pleistocene human occupation at Pedra Furada, Brazil. *Antiquity* 68 (261): 695-714.

MELTZER, D.J.; D. GRAYSON, G. ARDILA, A. BARKER, D. DINCAUZE, V. HAYNES, F. MENA, L. NUÑEZ & D. STANFORD, 1997. On the Pleistocene antiquity of Monte Verde, Southern Chile. (Manuscrito enviado a publicación).

MORLAN, R. E., 1988 Pre-Clovis people: Early discoveries of America. En: *Ice Age origins: Americans before Columbus*, R. Carlsile, Ed. University of Pittsburgh Ethnology Monographs 12: 31-43.

NUÑEZ, L. & T. DILLEHAY, 1978. *Movilidad giratoria, armonía social y desarrollo en los Andes meridionales: Patrones de tráfico e interacción económica*. Antofagasta: Universidad del Norte.

NUÑEZ, L.; R. CASAMIQUELA, V. SCHIAPPACASSE, H. NIEMEYER & C. VILLAGRAN, 1994. Cuenca de Tagua Tagua: El ambiente del Pleistoceno y ocupaciones humanas. *Revista Chilena de Historia Natural* 67 (4): 503-519.

MONTE VERDE Y EL POBLAMIENTO DE LAS AMERICAS*

David J. Meltzer

Dept. of Anthropology, Southern Methodist University

La publicación del volumen II y final sobre el sitio Monte Verde (sur de Chile) por Dillehay¹ (Universidad de Kentucky), marca un hito en la arqueología americana. Por medio siglo y con creciente encono en las últimas décadas, los arqueólogos han buscado e impugnado evidencias de una presencia humana en las Américas que anteceda a la cultura arqueológica Clovis (~11.500 años antes del presente). Se han propuesto muchos contendientes pre-Clovis, sólo para debilitarse bajo el escrutinio crítico. Tantos de estos contendientes han fallado, que la comunidad arqueológica se ha puesto extremadamente escéptica frente a cualquier pretensión pre-Clovis.^{2, 3} Pocos arqueólogos descartarían la posibilidad de que se encuentre evidencia más temprana, pero la mayoría sería renuente a tomar tales pretensiones así como así. Frente a ese acumulado escepticismo, fue claro que el primer sitio que quebrara la barrera Clovis debiera superar la valla de los criterios tradicionales por los cuales se juzgan los sitios tempranos:⁴ artefactos no ambiguos o restos de esqueletos humanos en impecable contexto geológico y estratigráfico, cronológicamente anclados por fechas radiométricas seguras y confiables.

El sitio de Monte Verde fue excavado entre 1977 y 1985 y subsecuentemente analizado por Dillehay y un equipo internacional e interdisciplinario de cerca de 80 colaboradores. Los restos que ellos recuperaron son extraordinarios. Los ocupantes pleistocénicos de Monte Verde acamparon sobre las terrazas arenosas del arroyo de Chinchihuapi. Poco después de su partida, el agua y una turba fibrosa se esparcieron sobre el sitio, cubriendo la superficie ocupacional, retardando los procesos normales de descomposición y preservando muchos restos orgánicos. Las excavaciones recuperaron partes de alrededor de 70 especies de plantas (la mayoría, inusualmente, en forma de hojas masticadas), muchas de las cuales poseen valor económico o medicinal y que fueron recolectadas en lugares localizados hasta 400 km de distancia del sitio. Otros restos incluían carne y huesos de mastodontes (*Gomphother*) con tejido blando adherido; lanzas y morteros de madera, así como tablas y estacas que formaban los cimientos de una estructura similar a una tienda evidentemente cubierta con cuero de mastodonte; y cientos de artefactos de piedra, incluyendo incuestionables puntas de proyectil, piedras esféricas interpretadas como boleadoras e instrumentos cortantes y para raspado, que, pese a carecer de atributos inherentes que los destaquen como el producto del trabajo humano, ocurren en un contexto que delata un claro origen cultural.¹

Este material fue encontrado sobre una compleja superficie ocupacional que representa las actividades de un grupo que, según la estimación de Dillehay, vivió en el sitio durante aproximadamente un año. Se obtuvieron cerca de 30 fechas radiocarbónicas de materiales de carbón, madera y marfil que estaban sobre la

* N. del E.: Publicado en *Science*, vol. 276, 2 May 1997: 754-755. Traducido del inglés por José Berenguer. En esta versión se ha procurado respetar la mayor parte de las convenciones estilísticas de la publicación original.

superficie ocupacional y en los estratos que subyacían y sobreyacían esa capa. Estas fechas datan con seguridad a la ocupación en -12.500 años antes del presente.⁵

Desde que terminaron las excavaciones, Dillehay ha conducido un cuidadoso análisis de los materiales y del estructuramiento espacial del sitio, presentados en un volumen de más de 1000 páginas.¹ Quizás, el esfuerzo analítico parezca excesivo (*overkill*). Sin embargo, tal exceso era necesario, dado el gran escepticismo que encara este (y cualquier) sitio potencialmente temprano y dadas también las dudas sobre la antigüedad de Monte Verde expresadas desde que se anunció el descubrimiento del sitio hace más de una década. El primer volumen⁶ resolvió algunas de esas dudas iniciales; el segundo dio cuenta del resto. Estos volúmenes y un examen del sitio y sus colecciones en enero de 1997, convencieron a un grupo de especialistas --incluyendo a algunos firmes escépticos-- que el sitio Monte Verde es en, efecto, un sitio arqueológico y que tiene una edad de ~12.500 años.

Como tal, sus implicaciones son profundas. Aunque sólo levemente más antiguo que Clovis, la gran distancia que hay entre el sitio y el Puente Terrestre de Bering (la ruta de entrada desde Siberia) indica que el arribo inicial a las Américas debe haber ocurrido mucho antes que hace 12.500 años. Cuánto tiempo antes depende en parte de los obstáculos encontrados a lo largo del camino: las rutas interiores y costeras desde Alaska, por ejemplo, fueron impasables por largos períodos (-20.000 hasta después de -13.000 antes del presente, de acuerdo a la evidencia actual), ya que los glaciares continentales constituían una barrera física y, por varios milenios después de su retiro, una barrera ecológica para la migración.⁷ Depende también de cuán rápidamente estos grupos se adaptaron al diverso y (en la medida que se desplazaban hacia el sur) crecientemente exótico y poco familiar Nuevo Mundo; de cuán fácilmente se las arreglaron con nuevos patógenos y enfermedades,⁸; y de cómo mantuvieron el tamaño de su población y su viabilidad reproductiva, pese a los costos genéticos potenciales de la clausura reproductiva; todo esto mientras esos grupos eran relativamente pequeños en número y estaban tenuemente distribuidos sobre grandes y aparentemente despoblados continentes.³ Sobre la base de lo que se conoce actualmente acerca de estas variables, Monte Verde implicaría un arribo al Nuevo Mundo anterior a 20.000 años antes del presente.

Esto, a su vez, plantea la interrogante de por qué la evidencia de los migrantes iniciales no ha sido más clara en Norteamérica, considerando que tienen que haber pasado a través de su territorio en su ruta hacia Sudamérica. Se han sugerido muchos sitios como evidencia de una temprana presencia humana, pero no se ha alcanzado acuerdo sobre ellos y ninguno ha sido documentado en forma tan completa como el de Monte Verde. Una cosa es importante enfatizar: la aceptación de Monte Verde y de sus pruebas de una más profunda antigüedad humana en las Américas no autoriza a aceptar planteamientos pre-Clovis previamente rechazados. Si un sitio no era antiguo antes de Monte Verde, tampoco llegará a serlo merced a éste. Meadowcroft Rockshelter (Pennsylvania), con ocupaciones humanas aparentemente desde hace más de 14.250 años,⁹ podría ser la excepción a la regla.³

El hecho de que todavía se deban encontrar más trazas de pueblos tempranos plantea la posibilidad de que los migrantes iniciales fueran tan pocos y estuvieran tan ampliamente dispersos, que fueron, por un buen tiempo, arqueológicamente invisibles.¹⁰ Sugiere también que los arqueólogos pueden no haber buscado sitios potencialmente tempranos en los lugares apropiados o que no lo hayan hecho en la forma correcta.¹¹ Pero si la historia sirve de guía, éstos pronto aparecerán, tal como ocurrió tras el descubrimiento de Folsom (New Mexico), en 1927, que fue el primer sitio en demostrar que los seres humanos habían arribado a las Américas durante el Pleistoceno.¹² Descubrimientos como estos proveen importantes orientaciones para la búsqueda de otros sitios, los cuales, a su vez, ayudan a completar los detalles arqueológicos del proceso de colonización. Tales detalles serán de considerable interés general para entender la migración, adaptación y dinámica de la población,¹³ ya que este caso representa una de las pocas instancias en las que seres humanos completamente modernos irradian en un continente previamente deshabitado.

La aceptación de Monte Verde repercutirá también más allá de la arqueología de nuestro continente. A través del análisis de las poblaciones modernas de indígenas americanos, los genetistas y lingüistas han buscado intensamente claves sobre el número, ritmo y antigüedad de los pulsos migratorios en las Américas.¹⁴ La evidencia de Monte Verde puede en último término ayudar a refinar los actualmente variadas tasas de mutación de DNA mitocondrial usados en los relojes moleculares.¹⁵ También plantea interrogantes acerca del número de poblaciones en el Nuevo Mundo a fines del Pleistoceno; por ejemplo, si los grupos de Monte Verde y Clovis representan un mismo pulso migratorio, o bien, varios diferentes. Resolver estos problemas tendrá implicaciones

para nuestro entendimiento de la diversidad de la o las poblaciones fundadoras, así como para el debate sobre la historia filogenética de los nativos americanos contemporáneos.¹⁶

A unos 70 m de los depósitos de 12.500 años de antigüedad, el equipo de Dillehay encontró trazas de una ocupación diferente que parece datar de hasta >33.000 años antes del presente. Dillehay¹ permanece cauteloso acerca de estos materiales. Él piensa que se necesitan más excavaciones para confirmar esta ocupación. Si se confirmara, sus implicaciones serían todavía más profundas. Hasta que eso ocurra, sin embargo, los interesados en el poblamiento de las Américas deben centrar sus esfuerzos en explorar completamente las ramificaciones de la ocupación de 12.500 de antigüedad del sitio.

REFERENCIAS / NOTAS

¹ T. Dillehay, ed., *The Archaeological Context*, vol. II of *Monte Verde: A Late Pleistocene Settlement in Chile* (Smithsonian, Washington, D.C., 1997).

² D. K. Grayson, *Ethnol Monogr.* 12, 107 (1988).

³ D. J. Meltzer, *Annu. Rev. Anthropol.* 24, 21 (1995).

⁴ C. V. Haynes Jr., *Science* 166, 709 (1969).

⁵ T. Dillehay & M. Pino, en ¹, pp. 41-52.

⁶ T. Dillehay, *Paleoenvironment and Site Context*, vol. I of *Monte Verde: A Late Pleistocene Settlement in Chile* (Smithsonian, Washington, D.C., 1989).

⁷ C. A. S. Mandryk, En *Megafauna and Man*, L. D. Agenbroad, J. L. Mead & L. W. Nelson, Eds. (The Mammoth Site of Hot Spring, South Dakota, 1990), pp. 67-79.

⁸ M. P. Belich et al. [*Nature* 357, 326 (1992)] y D. I. Watkins et al. (ibid., p. 329) identifican algunas de las consecuencias genéticas de largo plazo de encontrar patógenos tropicales.

⁹ J. M. Adovasio et al., *Am. Antiq.* 57, 327 (1990).

¹⁰ Hassan, *Demographic Archaeology* (Academic Press, New York, 1981).

¹¹ K. W. Butzer, en *The First Americans: Search and Research*, T. D. Dillehay & D. J. Meltzer, Eds. (CRC Press, Boca Raton, FL, 1991), pp. 137-156; M. B. Collins, ibid. pp. 157-182.

¹² D. J. Meltzer, *Adv. Archaeol. Method Theory* 6, 1 (1983). Una situación comparable sucedió en Europa después de la aceptación inicial del Paleolítico [D. K. Grayson, *Establishment of Human Antiquity* (Academic Press, New York, 1993)].

¹³ J. Moore, *Natl. Geogr. Res. Explor.* 10, 10 (1994).

¹⁴ J. Greenberg et al., *Curr. Anthropol.* 27, 477 (1986); T. Schurr et al., *Am. J. Hum. Genet.* 46, 613 (1990); D. Wallace et al., *Am. J. Phys. Anthropol.* 68, 149 (1985). Resumido en D. J. Meltzer, *Evol. Anthropol.* 1, 157 (1993) y F. Szathmáry, ibid., p. 202.

¹⁵ N. Bianchi Y F. Rothhammer, *Am. J. Hum. Genet.* 56, 1236 (1995). Ver, por ejemplo, P. Forster et al., ibid. 59, 935 (1996); A. Lundström et al., *Proc. Natl. Acad. Sci.* 89, 5961 (1992); A. Torroni et al., ibid. 91, 1150 (1994).

¹⁶ R. L. Cann, *Am. J. Hum. Genet.* 55, 7 (1994); D. A. Merriwether et al., *Am. J. Phys. Anthropol.* 98, 411 (1995); A. Torroni et al. *Genetics* 130, 153 (1992); K. Weiss, *Proc. Natl. Acad. Sci.* 91, 833 (1994).

¹⁷ Agradezco a J. M. Adovasio, T. D. Dillehay y D. K. Grayson por sus comentarios.